

COMERCIO.

Bolsa Comercial de Valparaiso. 3 de marzo de 1886. TRANSACCIONES. 500 acciones Arturo Prat...

Alfredo Lyon, Corredor de Comercio y Martillero de Efectos Públicos.

Revista del mercado

Valparaiso, marzo 3 de 1886. Cambio.—Poco de nuevo tenemos que decir de la tendencia del cambio...

Acciones y bonos.—Muy poco han variado los precios, notándose un pequeño mejoramiento...

Banco Nacional.—Compradores a 154 1/2; vendedores a 155 1/2.

Banco Valparaiso.—Compradores a 156 1/2; vendedores, 157 1/2.

Banco Agrícola.—Compradores a 128 1/2; vendedores, 130 1/2.

Salitre.—Compradores a 62 1/2; vendedores, 63 1/2.

Urbano de Santiago.—Han subido un poco. Hai compradores a 131 1/2; vendedores, 132 1/2.

Urbano de Valparaiso.—Compradores a 230 1/2; vendedores, 231 1/2.

C. S. A. de Vapores.—Compradores a 146 1/2; vendedores, 147 1/2.

Blanca Torre.—Compradores a \$ 32 1/2; vendedores, \$ 33 1/2.

Occidentales.—Compradores a \$ 28; vendedores, \$ 30.

Prats.—Ayer se notó bastante demanda para estas acciones y subieron desde \$ 36 1/2 a \$ 37, quedando buscadas a este último tipo...

Otras acciones y bonos, a los precios que cotizamos mas abajo.

PRECIO ORIENTE

Table with columns for various goods like 'Banco Nacional de Chile', 'Agricultura', 'Mobiliario', etc., and their prices.

FERROCARRILES.

Table listing railway routes and prices, including 'Ferrocarril de Coquimbo', 'Ferrocarril de Valparaiso', etc.

VAPORES, BUQUES, ETC.

Table listing shipping companies and their services, such as 'Comp. Sud Americana de Vapores', 'Nacional de Remolcadores', etc.

COMPANIAS DE GAS.

Table listing gas companies and their services, including 'Gran Compania Arturo Prat', 'Occidentales de Chile', etc.

COMPANIAS DE SEGUROS.

Table listing insurance companies and their services, such as 'Compañia La Chilena', 'La Americana', etc.

VARIAS.

Table listing various goods and services, including 'Compañia Madera y Carbon', 'Ascensores Mecánicos', etc.

BONOS Y BILLETES.

Table listing bonds and bills, including 'Deuda interior', 'Ferrocarril de Santiago a San Fernando', etc.

CAMBIO.

Table listing exchange rates for various locations, such as 'Banco sobre Londres', 'Comercial', etc.

PRECIO ORIENTE DE METALES.

Table listing metal prices, including 'Oro americano', 'Libras esterlinas', 'Id. españolas', etc.

EXTERIOR

URUGUAY.

La revolucion. Como llama la atencion publica hoy la revolucion que ha estallado en la Republica Oriental...

José María Pampillon. El actual coronel Pampillon empezó su carrera militar desde muy joven, militando en...

las filas del partido blanco en calidad de soldado, en las que desde un principio se distinguió por su bravura. Es oriundo del departamento de San José...

Su nombramiento lo alcanzó principalmente en la guerra de Aparicio, donde ya mandaba una division importante, operando por su cuenta en operaciones arriesgadas. En el prestigio departamental es sucesor del que tenía el coronel Camas...

El coronel Pampillon conserva el verdadero tipo del caudillo de lanza. Es un lindo hombre, alto, membrudo, de ojos negros y vivos, algortado en el hablar, muy astuto y muy activo...

No es un paisano rudo como muchos suponen. Tiene del paisano la desconfianza, la astucia, los hábitos, pero al mismo tiempo tiene un criterio claro para juzgar de los hombres y de las situaciones. De pronto, en medio de la mas aparente tranquilidad, Pampillon gana el monte y no duerme en su casa durante varias noches...

Una noche, en plena paz, durante la administración de Latorre, cruzaba por el campo de Pampillon el comisario de la seccion con su partida. De repente, al ir a vadear una cañada, se detiene y le pregunta: ¿quién es usted?

El día lo pasa invariablemente en su casa, en la tranquilidad de que nada de lo que a él le toca de frente. Al llegar la noche, salta a caballo, y nadie, a excepción de su mujer, sabe donde va a pasar. Conoce los montes, cerros, palmas, palmas, acierta en las noches mas oscuras con los escondites solo de él conocido, y una vez que ha asegurado su caballo, sale a explorar el campo, solo a pie, para ver lo que pasa.

Una noche, en plena paz, durante la administración de Latorre, cruzaba por el campo de Pampillon el comisario de la seccion con su partida. De repente, al ir a vadear una cañada, se detiene y le pregunta: ¿quién es usted?

El día lo pasa invariablemente en su casa, en la tranquilidad de que nada de lo que a él le toca de frente. Al llegar la noche, salta a caballo, y nadie, a excepción de su mujer, sabe donde va a pasar. Conoce los montes, cerros, palmas, palmas, acierta en las noches mas oscuras con los escondites solo de él conocido, y una vez que ha asegurado su caballo, sale a explorar el campo, solo a pie, para ver lo que pasa.

Una noche, en plena paz, durante la administración de Latorre, cruzaba por el campo de Pampillon el comisario de la seccion con su partida. De repente, al ir a vadear una cañada, se detiene y le pregunta: ¿quién es usted?

El día lo pasa invariablemente en su casa, en la tranquilidad de que nada de lo que a él le toca de frente. Al llegar la noche, salta a caballo, y nadie, a excepción de su mujer, sabe donde va a pasar. Conoce los montes, cerros, palmas, palmas, acierta en las noches mas oscuras con los escondites solo de él conocido, y una vez que ha asegurado su caballo, sale a explorar el campo, solo a pie, para ver lo que pasa.

Una noche, en plena paz, durante la administración de Latorre, cruzaba por el campo de Pampillon el comisario de la seccion con su partida. De repente, al ir a vadear una cañada, se detiene y le pregunta: ¿quién es usted?

El día lo pasa invariablemente en su casa, en la tranquilidad de que nada de lo que a él le toca de frente. Al llegar la noche, salta a caballo, y nadie, a excepción de su mujer, sabe donde va a pasar. Conoce los montes, cerros, palmas, palmas, acierta en las noches mas oscuras con los escondites solo de él conocido, y una vez que ha asegurado su caballo, sale a explorar el campo, solo a pie, para ver lo que pasa.

Una noche, en plena paz, durante la administración de Latorre, cruzaba por el campo de Pampillon el comisario de la seccion con su partida. De repente, al ir a vadear una cañada, se detiene y le pregunta: ¿quién es usted?

El día lo pasa invariablemente en su casa, en la tranquilidad de que nada de lo que a él le toca de frente. Al llegar la noche, salta a caballo, y nadie, a excepción de su mujer, sabe donde va a pasar. Conoce los montes, cerros, palmas, palmas, acierta en las noches mas oscuras con los escondites solo de él conocido, y una vez que ha asegurado su caballo, sale a explorar el campo, solo a pie, para ver lo que pasa.

Una noche, en plena paz, durante la administración de Latorre, cruzaba por el campo de Pampillon el comisario de la seccion con su partida. De repente, al ir a vadear una cañada, se detiene y le pregunta: ¿quién es usted?

El día lo pasa invariablemente en su casa, en la tranquilidad de que nada de lo que a él le toca de frente. Al llegar la noche, salta a caballo, y nadie, a excepción de su mujer, sabe donde va a pasar. Conoce los montes, cerros, palmas, palmas, acierta en las noches mas oscuras con los escondites solo de él conocido, y una vez que ha asegurado su caballo, sale a explorar el campo, solo a pie, para ver lo que pasa.

Una noche, en plena paz, durante la administración de Latorre, cruzaba por el campo de Pampillon el comisario de la seccion con su partida. De repente, al ir a vadear una cañada, se detiene y le pregunta: ¿quién es usted?

El día lo pasa invariablemente en su casa, en la tranquilidad de que nada de lo que a él le toca de frente. Al llegar la noche, salta a caballo, y nadie, a excepción de su mujer, sabe donde va a pasar. Conoce los montes, cerros, palmas, palmas, acierta en las noches mas oscuras con los escondites solo de él conocido, y una vez que ha asegurado su caballo, sale a explorar el campo, solo a pie, para ver lo que pasa.

Una noche, en plena paz, durante la administración de Latorre, cruzaba por el campo de Pampillon el comisario de la seccion con su partida. De repente, al ir a vadear una cañada, se detiene y le pregunta: ¿quién es usted?

ejército, porque no sabe contenerse para dimitir la acción. En día de la pelea forma su frente, da sus órdenes y atropella él a la cabeza, armado de su poderosa lanza que lleva por moharra un facon guarnecido de medias lunas con las puntas para arriba y para abajo...

Es un lancero formidable, pues esgrime el arma como un florero en medio del entrevero, y siempre logra abrirse paso con ella por los estrechos que está.

No es demasiado con los vencidos; pero, sobre todo, es cruel si entre ellos encuentra algún extranjero, pues nada hay que lo ponga tan fuera de sí como el ver que los extranjeros intervengan en las contiendas civiles.

Para ellos no hay cuartel si caen en manos de Pampillon. Apesar de esto, sus instintos son nobles, como lo prueba su adhesión a la buena causa, despreciando las riquezas y honores que los gobiernos usurpadores le han ofrecido y hasta la discordia.

Alors, cuando lo ha agazajado, le ha dado la vida, y él, de grado de coronel, lo ha hecho toda clase de promesas; pero Pampillon ha despreciado todo eso para correr la suerte de los revolucionarios, sin medir las probabilidades de triunfo.

Su pronunciamiento ha sido un rasgo de audacia en aquel censo tan poblado, a pocas horas de Montevideo, sabiendo que Santos puede poner sobre él poderosos elementos para perseguirlo. Pero no hay cuidado que nadie lo tome ni lo sorprenda, pues antes de ser tomado, será él quien dé algunos golpes que desorienten al enemigo.

REPUBLICA ARGENTINA.

LA MANIFESTACION

DE ANOCHER AL JENERAL SARMIENTO EN SU SEPTUAGÉSIMO QUINTO CUMPLEAÑOS.

(De El Censor de Buenos Aires del 16 de febrero) Nació hace días en un grupo de jóvenes la idea de manifestar al jeneral Sarmiento sus respetos por el día de su cumpleaños...

Una invitación privada sin pretension de publicidad, condujo de tal manera, que anoche la casa del jeneral no podía contener las personas que acudían a saludarlo y la calle era estrecha para las tres mil personas que escuchaban la voz de los oradores.

Durante el día de ayer, recibió el jeneral un número considerable de telegramas de todas las provincias y de muchos pueblos de la campaña. Sección notable de ellos, la columna de El Censor. Todas las cartas y telegramas que han hecho recordar al jeneral cuantos ciudadanos siguen con simpatía su acción.

El señor Sarmiento pronunció el siguiente discurso en la noche de la manifestación: Mis queridos amigos, señores presidentes de las comités de la Banda Oriental, señores extranjeros y simpatizantes...

Apenas me será posible dominar la emoción que experimento, al recibir por boca de mis amigos la elocuente expresión de los sentimientos de simpatía que despierta en millares de mis compatriotas y entre muchos extranjeros...

Cuando cedio la vista en torno mio y no descubrí cabezas blancas, ninguno de mis compañeros de tiempos que ya pasaron, asilarme la idea de que la joven jeneracion me tome por un apañado, por un alma en pena y los que me rodeaban, como un vestigio, todos curiosos de ver cómo pensaba, cómo obraba...

Y mientras les gritaba así, caracoleaba con su caballo en toraos de ellos, hasta que los asaltantes se retiraron sin llevar la presa que iban buscando.

Bien comprendía Pampillon que el golpe venia de Santos; pero aprovechando la notoriedad que el suceso habia tenido, se fué a Montevideo, en la seguridad de que aquel rasgo de audacia lo ganaría.

Y así fué, en efecto. Habiendo eruido el golpe, Santos le dejó a Pampillon todo el campo de operaciones, y le dejó a su vez un orden mal interpretado, que lo que habia mandado era que lo citasen, y que podía estar tranquilo.

Pampillon finjó que creía, pero siguió viniendo mas en guardia que nunca. En las repeticiones de Santos no tomaba ni mate, alegando que le hacia daño, y aunque lo devorase la sed no podía un trago de agua. Tema, y con razón, ser envenenado.

Santos, para inspirarle mas confianza, le propuso ser su socio en el negocio de estancia y Pampillon aceptó. Lo sacaba a pastar en carruaje, a caballo, lo agasajaba de todas maneras; pero nunca consiguió llevarlo a la estancia del Colorado.

Durante los últimos días de su permanencia en Montevideo, Pampillon comprendió que no escapaba, y haciendo notado que un individuo lo seguía, se propuso cerciorarse de ello, a cuyo efecto montó en un tramway. El espía subió en el mismo. Pampillon se bajó a las pocas cuadras, y su persecutor se apeó en el mismo sitio; tomó entonces otro tramway en dirección a la Union, y el espía subió también.

buen anciano? dijo a uno que estaba plantando árboles.—Planto, le contestó: Oh! rei de reyes, que si le llaman, planto nogales.—¿Para qué plantas nogales cuyos frutos no alcanzaran a comer?—Para pagar la deuda a los que plantaron aquellos en el otro lado del saboreado cuando joven. El rei encantado de tan discreta respuesta, hizo seña a su tesoro que le diese un bolsillo de oro como muestra de su real aprobación.

El anciano recibíndolo, en prueba de su reconocimiento observó que los nogales que otros plantaban daban frutos en los veinte años, mientras que los suyos fructificaban abundantemente apenas plantados. Ocurriera feliz que le valió otro bolsillo de oro; pero como observó de nuevo que sus nogales como las higueras daban dos veces frutos al año, mientras que los comunes dan de grandes... El rei poniendo desfilo a su caballo, hizo seña al tesoro de darle otro bolsillo y salió a escape de miedo que los nogales aquellos lo diesen sin blanca.

Me atribuyen mis amigos que siguiendo aquel ejemplo, yo he plantado muchos nogales tambien, y me atribuyen el raro método de continuar plantándolos en los veinte y cinco años de mi vida. No os diré que los unos dan frutos de nuevo que sus nogales como las higueras daban dos veces frutos al año, mientras que los comunes dan de grandes... El rei poniendo desfilo a su caballo, hizo seña al tesoro de darle otro bolsillo y salió a escape de miedo que los nogales aquellos lo diesen sin blanca.

Esta visita de la ciudad capital de la república, y me complazo en decirlo de la parte mas importante, observar que el rei, con su poder, sin fuerza y sin clientela es honor que envían los grandes de la tierra, que han sereno a los ángeles del cielo y que tomará serenos y felices los últimos días de una vida empleada en la idea de padecer de la patria. Os agradezco con particularidad vuestros felicitaciones, a causa de ellas pisará el umbral del año 86 con paso firme y animo tranquilo.

Una máxima política comprobada por los siglos, os dejó como un legado. Los países se fortalecen cuando dan en crecer a sí mismos inmunes, degradados y corrompidos. Me el mal existirá siempre en la tierra; pero lo mejor que nunca, los pueblos libres brillan por sus virtudes. Si os reconocen venales o abyectos gobernadores como a presidarios. Ved lo a vuestros jefes, y tened confianza en que la justicia prevalecerá por todas partes.

VARIEDADES.

EN EL MAR.

(Traducido para La Union.)

AMOR PERDIDO.

—Oh, mamá! lo ves... un marinero francés que pidió está! Al mismo tiempo la niña con la punta de la sombrilla detenida al cocher, que para evitar un atropello, tomaba hacia la izquierda.

—Diana...! basta de filerías, exclamó la duquesa, mirando al mismo tiempo con inquietud curiosidad hacia un abigarrado grupo de japoneses, chinos, birmanes y siameses; en medio de los cuales apareció un pobre diablo a guisa de marino, flaco, moreno, enjuto y con los cabellos caídos en desorden sobre la livida frente.

El hombre daba a tumbos entre dos policas, muchas cuyos carnosos turbantes, como la sangre, rojos, daban aun mayor palidez al cadavérico rostro de aquel. Dando diente con el silencio, rostro si se quiere, no cesaba de esclamar a cada alcantarilla de agua que se le vaciaba sobre el cráneo: «Basta... basta...»

Esto sucedía en Singapore, bajo un sol abrasador, en un camino lleno de tierra enrejada y delante de una choza blanqueada, y contorneada con sus listas de metal paralelas colocadas en la parte inferior de la muralla.

Un borchio, hé aqui todo, dijo el consul, que se hallaba sentado al frente de las dos sillas. Otro el marino; con un ligero movimiento de hombros rechazó a los polvientos y avanzó por entre la triple hilera de indias.

—No está borchio, gritó, está enfermo. —Repentinamente retrocedió, balbuceante, y para desentendarse llevó la mano a su desnudo cabeza. Al lado de la figura gravemente enferma del funcionario, y levantando la ventanilla de la carreta, se le apareció una encantadora criatura, rosada y rubia como aurora, que le dirijia con sus grandes ojos azules una mirada llena de compasion y lástima.

La figurita rubia lo habia, con toda dulzura, sonrientes sus labios y sus azules ojos, y titubando un algo. El volvió lentamente con los ojos caídos dijo: —De donde es Ud? —De Agacío, murmuró Bastian Pedro, náufrago de la Tempestad Concepcion, buque marcelés...

No pudo concluir. El consul al reconocerlo, explicó su presencia en Singapore. La tripulación del brick se habia ya retirado, pero este hombre, triste, enfermo y aniquilado por este hombre, tuvo que quedarse en el hospital. Restablecido ya o a lo menos fuerte lo bastante para emprender el viaje, esperaba el paso de un buque de guerra francés. Eso si que continuaba frentando las tabernas, no se le dejaba salir más.

Bastian le cortó la palabra. No habia dicho todo, cuando se le llamó indio, pero se rebelaba con meridional indignación, contra la acusación de borracho que se le acababa de hacer... Sus ojos, mas osados ya no se separaban de la niña y avanzaba siempre.

—No he bebido! No he bebido, repetía una y otra vez con una mala gorra. Esto me ha trastornado, señoría. Un mechón de cabellos le caía lúscoso sobre la frente; su mirada pedía justicia; su descomulgado semblante al par que tierra, su flaqueza, todo en el movia a lástima. La niña le contempló muy comovida, pero luego volvió la cara, fastidiada de ese mirar sombrío que ella llama, desmintiendo lo quejumbroso del rostro, la abrasaba con sus oscuros reflejos.

—Dígame usted, señor consul, ¿cómo podrá ir a dar a usted ese desgraciado? —Oh! Dios mio, Señoría, no lo sé... Creo que será de aquí a un mes, en Seah-Long. —Mucho tiempo es eso!... ¿Y no habria algún medio como poder embarcarlo en un paquebote?

—Caviló el consul con aire de suprema importancia. Los reglamentos... la poca urgencia... y además esos pasajes cuestan caro. —He dicho, señoría, le digo a usted que yo estoy enfermo! Vamos, que se lo rogase a usted... Y sobre todo nosotros corrieramos con los gastos, ¿no es así mamá? La duquesa asomada a la portezuela balbuceó un «sin duda» en estremo vago y se volvió hacia ellos.

—¿Partimos? —El funcionario se inclinó. —Ven al consulado, mañana por la mañana. Tomará el paquebote. —Y el carruaje se ocupó dejando a los sielks, con la mano a la altura del turbante para saludar militarmente, a Bastian de la Tempestad Concepcion, buque marcelés, ostentando al borde de la verga, en un camino lleno de tierra enrejada y delante de una choza blanqueada y contorneada con sus listas de metal paralelas colocadas en la parte inferior de la muralla.

después mi triste, y ganada la cubierta se embarcó. —Con el billete de petición en la mano, se dio a bajar por entre los rollos de cordel que obstruían la cubierta, siendo objeto de la atención de todos: tan estemado parecía con su delgada nariz y con su enflaquecido rostro.

—Por fin, un criado lo llevó donde el doctor. —Pero amigo mio, yo no puedo aceptar. —Y el venturoso Galeno, irrisado pateaba y justificaba energicamente; pero vio tan doloroso entremetimiento en el rostro del enfermo, tan viva desesperación en sus ojos, que se calló como por ensalmo.

—Son mis señoras de aquí... una señoría, viajeras como yo, las que me han hecho dar un billete. —Sorprendido el oficial, se hizo espigar esta indicación, las señas de las señoras, y le ordenó que le aguardara. Un instante después volvió.

—No es poca suerte, el que la duquesa y su hija se interesen por tí! Si será medicamento razonable el sacar del hospital a un inválido como tú y hacerlo embarcar!... En fin, yo te acompaño desde ahora, e irás en el primer buque.

Bastian balbuceó un gracias. No le habia admirado el que la bienhechora fuese hija de un duquesa; pero miraba por el hombre del doctor como esperando vela. Cuando después de haberse instalado volvió a subir al puente, el navio se estremeció como apretándose para partir. Los pasajeros enviaban sus adiós a las jentes aglomeradas en el embarcadero. Otros, en el borde opuesto, arrojaban cantavos a los muchachos que hacían de buzos se hundían en el agua.

El marino diviso entre la multitud que se hallaba allí, el gorrillo blanco y el velo azul de la niña, los descubrió y a su pesar, sin comprenderlo dió algunos pasos a lo largo del pabellon de la pañadería y de la claraboya de la máquina. —Media vuelta, ciudadano, le gritó un contramestre.

El caso se detuvo al lado. El caso blanco y el velo azul desaparecieron perdidos entre los grupos allá lejos, muy lejos de él, y en medio de su estúpida atonía comprendió que no podía pasar a la otra mitad del puente, y que siempre esos sesenta minutos, un abismo, impedirían el que la viese. Entonces, como la vispera, bajo el sol, se sintió desfallecer, y permaneció así, desahogado, con la mirada del borchio fija a las pasiones de antaño.

Se dió vuelta con lentitud y se sintió vecino a la proa, en el sitio reservado para las aves. Fu lo alto, una multitud de amontonadas jaulas, encerraban centenares de monos y loros. Alrededor y por todos lados, innumerables cajas aglomeradas y mas pequeñas guardaban un mundo de pájaros bulliciosos y multicolores. Allí puso la silla de bambú que le enviaron la niña y en ella pasó todo el día con un soñar confuso enajenado en la idea de que ella quizás se habia recordado allí. Y aun la esperó.

Muchos días pasaron así, con ellos inmensas escasezas de agua inquieto, verde a veces, azul otras, ensangantada cuando el sol caía, y con suave tintos violeta durante el fugitivo crepusculo. Muchos navios pasaron al costado del buque, casi siempre muy próximos, con jentes que saludaban sobre la cubierta, siendo mujeres algunas. Pero no estaba ella, ella a quien no vea por mas que siempre la llamara en su interior.

Caía el sol de lleno sobre la proa, penetraba en el calor a través del toldo, y como que aumentara con la hieduoz repugnante que se desprendía, apesar de los baldos, de los establos y la voltería. A veces descalaba una tempestad que levantaba esos resacaos máximas y refrescaba su frente. Después el orgulloso pensar de recibido todo de linosa, hoy día una silla, mañana un libro; todo, todo, haber perdido sus fuerzas.

Si aun fueras como era, extraño a bordo, fuera suelto... Habría podido trabajar con los otros. Correr desde allí hasta la proa, desahogado los pies, el pantalón arremangado hasta la rodilla, sin esta maldita camisa de lana, con un chaleco abierto y flotante sobre el robusto pecho, hermoso como lo era en ese tiempo en que las mujeres le amaban...

Comprendía que en la actualidad era feo y repugnante. Pero... ¡Ah! santa madre! qué magnífico sería ir a la corredera una sola vez y halar la piola delante de ella. Procuraba levantarla, andar, y una desesperación indecible se apoderaba de él cada vez que al borchio se sentía cojido por mayor debilidad, jadeante desde el primer esfuerzo, con un mirar de chispas que danzaban en medio de la oscura nube que cubria sus ojos, y con la tos sorda que le despedazaba el pecho.

—¿Qué no vendría ella? ¿Nunca? ¿No la vería ya mas? —Y cuando pensaba en esto, sacaba su escapulario, y besaba con inaudito ardor el paño grasiento y descolorido, ¡Madona! Santa Madona! haz que ella venga! ¿Y por qué no pudiera ser que viniese? Muchas otras venían, todas las tardes desde del lunch para distribuir entre los animales las frutas y biscochos que les sobraban.

Destestaba era la proa, pero los otros podían a lo menos subir sobre el puente y respirar el aire puro del mar. —Y pensar que él se quedaba allí todo el día, tendido, acosado por la fiebre, con ese calor! Pero habia sentido un fresco del cielo, él se aspirara el perfume de las mariposas de su país, si ella hubiera venido... ¿Y por qué no venia? Hasta preguntó por ella a un mozo en quien advirtió ser compatriota. En francés, no se hubiera atrevido.

—Está bien, contestó el hombre, continúa siempre dividido y dividido a la misma. Después preguntó si conservaba siempre su gorrillo blanco y su velo azul. Habría querido que se le pintasen. En el carruaje solo la habia visto andas, y causable desecho inestable. —Y sobre todo nosotros corrieramos con los gastos, ¿no es así mamá? La duquesa asomada a la portezuela balbuceó un «sin duda» en estremo vago y se volvió hacia ellos.

—¿Partimos? —El funcionario se inclinó. —Ven al consulado, mañana por la mañana. Tomará el paquebote. —Y el carruaje se ocupó dejando a los sielks, con la mano a la altura del turbante para saludar militarmente, a Bastian de la Tempestad Concepcion, buque marcelés, ostentando al borde de la verga, en un camino lleno de tierra enrejada y delante de una choza blanqueada y contorneada con sus listas de metal paralelas colocadas en la parte inferior de la muralla.

En el embarcadero de New Harbour, el Djennah, que habia embarcado ya su equipaje, no esperaba sino al piloto para largar sus amarras, cuando Bastian apareció con su equipaje a la espalda. Menos pálido y deprimido que la vispera, llevaba sobre su camisa de lana un gran cuclio azul que le caía a maravilla.

Con la mirada buscó a alguien entre los pasajeros inclinados sobre el puente, la bajó desmorcedor de la hélice, mecían su vértigo de amor. —En un navio del Estado no se le hubiera puesto en un ataud. —Estoi muy contenta, respondió Diana, como no haber visto nada. Hubiera soñado con ello... ¡Es tan triste!

PAUL BONNETAIN.

pasaron dos semanas. Su debilidad crecía mas y mas. Todas las mañanas el doctor venia a su camarote, pero el corso levantado ya, habia ganado, con el auxilio de un mozo, el puente y su silla. —Habian cesado de auscultarlo. ¿Para qué? El doctor solo le suministraba cordiales, tónicos, frascos colorados, drogas amargas, que el Galeno respiraba a cada instante para no sentir el hedor de los animales. En seguida quedaba solo, tomaba la comida sobre las rodillas, miraba sin ver a los maquiñistas andas, que se encojían para hacer sus oraciones, y sobre el puente para hacer sus oraciones, y sobre el puente para hacer sus oraciones, y sobre el puente para hacer sus oraciones...

—Habian cesado de auscultarlo. ¿Para qué? El doctor solo le suministraba cordiales, tónicos, frascos colorados, drogas amargas, que el Galeno respiraba a cada instante para no sentir el hedor de los animales. En seguida quedaba solo, tomaba la comida sobre las rodillas, miraba sin ver a los maquiñistas andas, que se encojían para hacer sus oraciones, y sobre el puente para hacer sus oraciones, y sobre el puente para hacer sus oraciones, y sobre el puente para hacer sus oraciones...

—Habian cesado de auscultarlo. ¿Para qué? El doctor solo le suministraba cordiales, tónicos, frascos colorados, drogas amargas, que el Galeno respiraba a cada instante para no sentir el hedor de los animales. En seguida quedaba solo, tomaba la comida sobre las rodillas, miraba sin ver a los maquiñistas andas, que se encojían para hacer sus oraciones, y sobre el puente para hacer sus oraciones, y sobre el puente para hacer sus oraciones, y sobre el puente para hacer sus oraciones...

—Habian cesado de auscultarlo. ¿Para qué? El doctor solo le suministraba cordiales, tónicos, frascos colorados, drogas amargas, que el Galeno respiraba a cada instante para no sentir el hedor de los animales. En seguida quedaba solo, tomaba la comida sobre las rodillas, miraba sin ver a los maquiñistas andas, que se encojían para hacer sus oraciones, y sobre el puente para hacer sus oraciones, y sobre el puente para hacer sus oraciones, y sobre el puente para hacer sus oraciones...

—Habian cesado de auscultarlo. ¿Para qué? El doctor solo le suministraba cordiales, tónicos, frascos colorados, drogas amargas, que el Galeno respiraba a cada instante para no sentir el hedor de los animales. En seguida quedaba solo, tomaba la comida sobre las rodillas, miraba sin ver a los maquiñistas andas, que se encojían para hacer sus oraciones, y sobre el puente para hacer sus oraciones, y sobre el puente para hacer sus oraciones, y sobre el puente para hacer sus oraciones...

—Habian cesado de auscultarlo. ¿Para qué? El doctor solo le suministraba cordiales, tónicos, frascos colorados, drogas amargas, que el Galeno respiraba a cada instante para no sentir el hedor de los animales. En seguida quedaba solo, tomaba la comida sobre las rodillas, miraba sin ver a los maquiñistas andas, que se encojían para hacer sus oraciones, y sobre el puente para hacer sus oraciones, y sobre el puente para hacer sus oraciones, y sobre el puente para hacer sus oraciones...

—Habian cesado de auscultarlo. ¿Para qué? El doctor solo le suministraba cordiales, tónicos, frascos colorados, drogas amargas, que el Galeno respiraba a cada instante para no sentir el hedor de los animales. En seguida quedaba solo, tomaba la comida sobre las rodillas, miraba sin ver a los maquiñistas andas, que se encojían para hacer sus oraciones, y sobre el puente para hacer sus oraciones, y sobre el puente para hacer sus oraciones, y sobre el puente para hacer sus oraciones...

—Habian cesado de auscultarlo. ¿Para qué? El doctor solo le suministraba cordiales, tónicos, frascos colorados, drogas amargas, que el Galeno respiraba a cada instante para no sentir el hedor de los animales. En seguida quedaba solo, tomaba la comida sobre las rodillas, miraba sin ver a los maquiñistas andas, que se encojían para hacer sus oraciones, y sobre el puente para hacer sus oraciones, y sobre el puente para hacer sus oraciones, y sobre el puente para hacer sus oraciones...

—Habian cesado de auscultarlo. ¿Para qué? El doctor solo le suministraba cordiales, tónicos, frascos colorados, drogas amargas, que el Galeno respiraba a cada instante